



GERMANIA

REVISTA DE CONFRATERNIDAD
HISPANO - ALEMANA

CIRCULAR
DE PROPAGANDA

BARCELONA

1915



REVISTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
ANUARIO 1908

DE PROPAGANDA

ANUARIO 1908

1908

Del primer número de GERMANIA:

A TODOS

PESANDO sobre nosotros la vaga sensación de lo desconocido, lanzamos a la calle este primer número de GERMANIA. Sabemos que nos aguarda la dictadura espiritual francesa, forjada a través de lustros y más lustros de dominación, en el orden político y en el orden literario. Sabemos que para nosotros no habrá cuartel en el mercado de la parte más numerosa — y más frívola también — de la intelectualidad hispana, y sólo un prodigio de la fe nuestra nos puede mantener enteros y sin desmayos en este batiburrillo ideológico, donde el calenturón de la democracia se toma por fiebre de castas y donde la pereza de pensar nos hace tomar por bueno el surco que se abre ante nosotros, por el solo hecho de estar abierto.

Vamos a una empresa de confraternidad, cuando Europa hierve y sus vapores amenazan marearle la cabeza al mundo. Pero ya hemos dicho que teníamos fe. Cuando el odio trastorna los pueblos, el amor adquiere más vida y más fuerte santidad. Y ya es un esfuerzo de amor este periódico que os ofrecemos, en generoso sacrificio de labor y de energía individual, deseosos de oponernos a la definitiva desaparición de la raza latina, que por vejez de civilización declina progresivamente.

Queremos salvar nuestro latinismo, ingertándole savia nueva. Convencidos de que la vida moderna ha de transformarse, hemos orado fervientemente en el altar de Maragall para robustecer nuestra fe. El maestro nos dijo: «Tiempos hubo (no muy distantes todavía) en que la bravura, el ingenio, el bello hablar, constituían los factores dominantes de la civilización; y entonces los latinos iban a la cabeza de las naciones. Pero con la evolución industrial, económica y geográfica de nuestros tiempos, son muy otras las aptitudes que se requieren para conservar la superio-

ridad entre los pueblos: se necesitan cualidades de energía individual y de energía constante. *Los latinos no las poseen, y por esto han de ceder el puesto a los que las tienen*».

Y pensando en el maestro, que fué apóstol de latinismo, estudiamos los fenómenos de nuestra decadencia, buscando la encina robusta donde apoyar el cuerpo envejecido y sin alientos: a nuestro lado apareció Alemania, joven y animosa, rebosante de fe y la creímos digna del amor latino, porque tiene entre sus virtudes la más alta y más excelsa: la Persistencia.

Juzgamos posible hermanar la brava luminosidad de los azules mediterráneos con el gris augusto de las llanuras norteañas, no por el encanto de una moda, no por atracción de vecindad, sino por el propio bien de la fatigada Iberia; consideramos hacedero, aunque no fácil, desterrar el delirio de las grandezas pasadas, para crear el deseo de las grandezas futuras; creímos, con Sergi, que la dirección política de las tres naciones latinas es idéntica en lo esencial y poco diferente en la forma, y que es menester variar los viejos derroteros, porque ellos son los que conducen a la ruina a las naciones que tienen historia y múltiples y antiguas fases de evolución.

No estamos capacitados para la guerra, porque pasaron de sazón nuestros sueños de conquista y el ejército, como observa Sergi, está en involución. La expansión colonial con adquisiciones territoriales es utópica, cuando se encuentra sin el apoyo de la fuerza y de la acoactividad, que nosotros hemos perdido y que difícilmente recobramos sin una transformación total de nuestra caduca manera de ser. ¿Por qué continuar, pues, contra la naturaleza de los hechos, en pro de la burocracia erigida en sistema de gobierno, a natural beneficio de la impotencia individual que nos aniquila?

La juventud mental de Alemania podría adiestrarnos en esta evolución; ser nuestra guía y nuestro modelo, para arrojar de nosotros la podre de los siglos, para evitarnos en lo porvenir la peregrinación trágica y maldita de los pueblos judíos, rendidos al estigma de la raza. Así como nuestra juventud industrial, nuestra juventud científica y hasta nuestra juventud artista, han acudido repetidas veces a Alemania en pos de la cultura real y positiva, ¿por qué no hemos de acudir a ella en estos momentos de dolor, para consolarla en sus aflicciones, para darla a conocer

a los que la ignoran, para impedir que en España se consuma la gran iniquidad de establecer vallas contra el más progresivo país de toda Europa?

Esta es nuestra empresa, y por el solo enunciado se comprende cuán superior es a nuestras fuerzas este impulso de vida que nos arrastra. Seguir la corriente de las tradiciones latinas es caminar hacia la muerte. Y nosotros, patriotas de la Iberia, sentimos un poderoso horror a lo estéril, al no ser, y soñamos en crear de nuevo el espíritu nacional para huir de tanto mal como nos viene de esa abdicación de voluntad que nos puso, por sentimentalidad, a los pies de Francia; por irreflexión, bajo los pies de la Gran Bretaña.

Queremos aires honrados, de honestidad, de trabajo, de fe, para que nos regeneren, y volvemos la vista hacia la raza más pura de cuantas nos solicitan. Entre los esclavos, fundidos con el hierro de sus cadenas, y los anglo-sajones, amasados con despojos del mundo entero, preferimos a los hombres de las Tierras Libres que nos ofrecen el patriotismo en olor de santidad.

¿Nos dejarán solos los hombres que creen en la España redimida, los que sienten ansias de regeneración, aquellos que de la nobleza y de la rectitud han hecho pan del espíritu, doctrina de su religión? A ellos y a todos vamos, rebosantes de esperanza. En todos confiamos. A todos se entrega nuestro esfuerzo. Recíbidle.

LA REDACCIÓN

CONDICIONES EDITORIALES

GERMANIA aparecerá quincenalmente el día 1 y el 15 de cada mes, esmeradamente impresa en papel pluma y lujosa cubierta a colores. Dará 32 páginas de texto escogidísimo, debido a los escritores y hombres de ciencia más notables de España y Alemania. Su labor, será labor de divulgación de la vida intelectual y comercial de Alemania, en España y de España, en Alemania, procurando entre ambos países lazos de amistad firme y duradera que sean base de un común esfuerzo en aras del progreso y del mejoramiento de los pueblos.

Para asegurar mejor el éxito y la eficacia de su labor, GERMANIA añadirá a sus 32 páginas, 8 en papel satinado, que se destinarán a publicidad, alternando los anuncios con texto ameno y caricaturas de los mejores artistas nacionales y extranjeros.

Al efecto, GERMANIA ha adquirido la propiedad del popular semanario satírico *Pum*, destinado al comentario humorístico de la guerra, que pasará a ser un suplemento de publicidad de GERMANIA.

No modificarán estos sacrificios, los precios económicos de suscripción y venta de GERMANIA, que seguirán siendo de **6 pesetas anuales** (pago anticipado) en España y Portugal y de **10 francos oro anuales** en el extranjero.

GERMANIA formará, pues, en conjunto un grueso volumen de 40 grandes páginas — como las de la presente circular — digno de figurar en la más escogida biblioteca.

La publicidad — cuyas condiciones van en la página 7 — tendrá en GERMANIA un medio de difusión de extraordinario alcance, ya que la tirada de 10.000 ejemplares efectivos se reparte entre nuestra suscripción, en la que figura lo más selecto y escogido de la alta sociedad española y alemana. América (Norte, Sur y Centro), Alemania y España dan un margen de propaganda al anunciante digno de tenerse en cuenta, mucho más cuando en revistas como GERMANIA, el anuncio tiene un carácter permanente que en manera alguna pueden conseguir las publicaciones diarias y otras revistas de índole especial.

Las órdenes de anuncios, deberán ser dirigidas al señor Administrador de GERMANIA (Lauria, 55, Barcelona). Los pagos habrán de ser por anticipado, concediéndose descuentos de 10 % a partir de 6 inserciones, de 15 % a partir de 12 inserciones y de 20 % a partir de 24 inserciones, siempre timbre comprendido.

Para pago de suscripciones y anuncios, se recomienda el giro postal, y en los puntos donde no sea posible utilizar este medio, pueden mandarse sellos de correo.

Redacción y Administración: Lauria 55 - BARCELONA
(ESPAÑA)

Anuncio de página entera
75 pesetas inserción

Timbre comprendido

Anuncio de $\frac{1}{16}$ página
10 pesetas inserción

: Timbre comprendido :

Anuncio de $\frac{1}{8}$ página
15 pesetas inserción

: Timbre comprendido :

Anuncio de $\frac{1}{4}$ página
25 pesetas inserción

: Timbre comprendido :

Anuncio de $\frac{1}{2}$ página
40 pesetas inserción

: Timbre comprendido :

GERMANIA

REVISTA DE CONFRATERNIDAD
HISPANO - ALEMANA

Dirección y Administración:
Lauria, 55 - BARCELONA

Publicación destinada a avivar los lazos
de amistad entre España y Alemania

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN:

España, un año 6 pesetas
Extranjero, un año 10 francos oro
Número suelto, 25 cts. :: Atrasado, 50 cts.



24 números de 40 páginas al año

GERMANIA

REVISTA DE CONFRATERNIDAD HISPANO-ALEMANA

DIRECTOR: LUIS ALMERICH

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: LAURIA, 55 — BARCELONA

A TODOS

PESANDO sobre nosotros la vaga sensación de lo desconocido, lanzamos a la calle este primer número de GERMANIA. Sabemos que nos aguarda la dictadura espiritual francesa, forjada a través de lustros y más lustros de dominación, en el orden político y en el orden literario. Sabemos que para nosotros no habrá cuartel en el mercado de la parte más numerosa — y más frívola también — de la intelectualidad hispana, y sólo un prodigio de la fe nuestra nos puede mantener enteros y sin desmayos en este batiburrillo ideológico, donde el calenturón de la democracia se toma por fiebre de castas y donde la pereza de pensar nos hace tomar por bueno el surco que se abre ante nosotros, por el solo hecho de estar abierto.

Vamos a una empresa de confraternidad, cuando Europa hierve y sus vapores amenazan marearle la cabeza al mundo. Pero ya hemos dicho que teníamos fe. Cuando el odio trastorna los pueblos, el amor adquiere más viva y más fuerte santidad. Y ya es un esfuerzo de amor este periódico que os ofrecemos, en generoso sacrificio de labor y de energía individual, deseosos de oponernos a la definitiva desaparición de la raza latina, que por vejez de civilización declina progresivamente.

Queremos salvar nuestro latinismo, ingertándole savia nueva. Convencidos de que la vida moderna ha de transformarse, hemos orado fervientemente en el altar de Maragall para robustecer nuestra fe. El maestro nos dijo: «Tiempos hubo (no muy distantes todavía) en que la bravura, el ingenio, el bello hablar, constituían los factores dominantes de la

civilización; y entonces los latinos iban a la cabeza de las naciones. Pero con la evolución industrial, económica y geográfica de nuestros tiempos, son muy otras las aptitudes que se requieren para conservar la superioridad entre los pueblos: se necesitan cualidades de energía individual y de energía constante. *Los latinos no las poseen, y por esto han de ceder el puesto a los que las tienen».*

Y pensando en el maestro, que fué apóstol de latinismo, estudiamos los fenómenos de nuestra decadencia, buscando la encina robusta donde apoyar el cuerpo envejecido y sin alientos: a nuestro lado apareció Alemania, joven y animosa, rebosante de fe y la creímos digna del amor latino, porque tiene entre sus virtudes la más alta y más excelsa: la Persistencia.

Juzgamos posible hermanar la brava luminosidad de los azules mediterráneos con el gris augusto de las llanuras norteñas, no por el encanto de una moda, no por atracción de vecindad, sino por el propio bien de la fatigada Iberia; consideramos hacedero, aunque no fácil, desterrar el delirio de las grandezas pasadas, para crear el deseo de las grandezas futuras; creímos, con Sergi, que la dirección política de las tres naciones latinas es idéntica en lo esencial y poco diferente en la forma, y que es menester variar los viejos derroteros, porque ellos son los que conducen a la ruina a las naciones que tienen historia y múltiples y antiguas fases de evolución.

No estamos capacitados para la guerra, porque pasaron de sazón nuestros sueños de conquista y el ejército, como observa Sergi, está en involución. La expansión colonial con adquisiciones territoriales es utópica, cuando se encuentra sin el apoyo de la fuerza y de la acometividad, que nosotros hemos perdido y que difícilmente recobramos sin una transformación total de nuestra caduca manera de ser. ¿Por qué continuar, pues, contra la naturaleza de los hechos, en pro de la burocracia erigida en sistema de gobierno, a natural beneficio de la impotencia individual que nos aniquila?

La juventud mental de Alemania podría adiestrarnos en esta evolución; ser nuestra guía y nuestro modelo, para arrojar de nosotros la podre de los siglos, para evitarnos en lo porvenir la peregrinación trágica y maldita de los pueblos judíos, rendidos al estigma de la raza. Así como nuestra juventud industrial, nuestra juventud científica y hasta nuestra juventud artista, han acudido repetidas veces a Alemania en pos de la cultura real y positiva, ¿por qué no hemos de acudir a ella en estos momentos de dolor, para consolarla en sus aflicciones, para darla a conocer a los que la ignoran, para impedir que en España se consuma la gran

iniquidad de establecer vallas contra el más progresivo país de toda Europa?

Esta es nuestra empresa, y por el solo enunciado se comprende cuán superior es a nuestras fuerzas este impulso de vida que nos arrastra. Seguir la corriente de las tradiciones latinas es caminar hacia la muerte. Y nosotros, patriotas de la Iberia, sentimos un poderoso horror a lo estéril, al no ser, y soñamos en crear de nuevo el espíritu nacional para huir de tanto mal como nos viene de esa abdicación de voluntad que nos puso, por sentimentalidad, a los pies de Francia; por irreflexión, bajo los pies de la Gran Bretaña.

Queremos aires honrados, de honestidad, de trabajo, de fe, para que nos regeneren, y volvemos la vista hacia la raza más pura de cuantas nos solicitan. Entre los esclavos, fundidos con el hierro de sus cadenas, y los anglo-sajones, amasados con despojos del mundo entero, preferimos a los hombres de las Tierras Libres que nos ofrecen el patriotismo en olor de santidad.

¿Nos dejarán solos los hombres que creen en la España redimida, los que sienten ansias de regeneración, aquellos que de la nobleza y de la rectitud han hecho pan del espíritu, doctrina de su religión? A ellos y a todos vamos, rebosantes de esperanza. En todos confiamos. A todos se entrega nuestro esfuerzo. Recíbidle.

LA REDACCIÓN

Por qué vence Alemania

POR LUIS ALMERICH

LA previsión, el método, la fe, el patriotismo, están venciendo en los campos de batalla. Os dirán que es el militarismo germano; no les creáis, es el alma de un pueblo que cree en sí mismo, que espera en sí mismo, que siente la excelsa y noble vanidad de lo grande y de lo bello, la que responde victoriosamente al ataque de tres pueblos, de tres razas poderosas.

Alemania vence, porque debe vencer. Díganlo las estadísticas anteriores a la guerra, para que no sospeche nadie que en ellas hay amañío alguno. A mano tenemos un libro interesante donde precisamente abundan las estadísticas comparadas, y no queremos resistir a la tentación de reproducirlas en lo más esencial, en lo que dé a conocer claramente *por qué vence Alemania*.

Establezcamos ante todo las superficies y la población de Alemania, Gran Bretaña e Irlanda y Francia. Alemania para 540,858 kilómetros cuadrados cuenta con una población de 64.926,000 habitantes (1); la Gran Bretaña e Irlanda unidas, con 313,607 kilómetros cuadrados tienen 44.902,000 habitantes; Francia, con 536,463 kilómetros cuadrados, no posee más que 39.600,000 habitantes. Nada, o casi nada, significarían estos

(1) Esto era en 1912. En la actualidad, la población se eleva a 68.000,000 de habitantes.

datos sin una oportuna apostilla: la densidad de población es debida exclusivamente al exceso de nacimientos, no a la inmigración, y así el excedente de natalidad es en 1910 de un 13'6 ‰ mientras en Inglaterra es de un 11'0 ‰ y en Francia de un 11'8 ‰!! Es éste un punto de moralidad, de ética nacional, que no necesita de comentario. Júzguelo cada cual con arreglo a su conciencia.

Veamos la hacienda alemana, asimismo comparada: «El Gobierno en Alemania abarca una esfera de actividad económica más grande que los Gobiernos de otros Estados. No sólo los correos, telégrafos y teléfonos constituyen monopolios del Imperio de los Estados alemanes respectivamente, sino que todavía y en especial alrededor de un 95 % de los ferrocarriles de vía normal pertenecen a los Estados y son administrados por ellos. Además poseen y explotan vastos dominios, bosques y minas. Por otro lado, los gastos del Estado no se dedican sólo a la defensa del país, a la administración, a la enseñanza, a la higiene pública, etc.; el seguro obrero, el mejoramiento de la agricultura y otras cuestiones de orden social y económico, aprovechan igualmente de ello.

«La deuda pública alemana es menos elevada por habitante que la de otros grandes países de Europa. Las deudas de los Estados alemanes están garantizadas no sólo por los impuestos de una población activa, sino también por los grandes establecimientos del Estado. Por esto es que las deudas del Estado prusiano son inferiores incluso al capital empleado en los ferrocarriles prusianos, y que los ingresos de éstos rebasan sobradamente el servicio de los empréstitos». Las rentas del Estado en Alemania (Imperio y Estados federados) ascendían en 1911 a 8.534,0 millones de marcos. Las de Inglaterra, en igual fecha, alcanzaban sólo a 4.166,6 millones de marcos y las de Francia a 3.555,8 millones de marcos. Basta este detalle para juzgar de la resistencia económica de Alemania.

Pero aun hay más: mientras en Alemania las rentas pasan en treinta años de 2.860,4 millones de marcos a 8.534'0, y en Inglaterra, de 1.714,4 millones a 4.166,6, en Francia sólo pasan de 3.028,4 a 3.555,8, quedando punto menos que estacionarias.

Y vamos a lo desfavorable, a las deudas de Estado. En tanto el ciudadano alemán debe sólo 316'7 marcos y el inglés debe 330'3, el francés alcanza la enorme cifra de 666'1 marcos, consecuencia natural del limitado crecimiento de las rentas del Estado.

Los empréstitos del 4 % alemán obtienen en 1911 la cotización media de 102'09 % con una renta de 3'92 % y los del 3 1/2 % obtienen la cotización media de 93'32 % con una renta de 3'75 %. Sin embargo, el 2 1/2 % inglés alcanza en 1911 la cotización media a 79'32 % con una renta de 3'15 % y el 3 % francés la cotización media a 95'61 % con una renta de 3'14 %.

Se ha hablado de la preponderancia que las garantías de paz han alcanzado en Alemania. Claro que una potencia que aspire al mayor desarrollo económico posible, debe apoyarse en un ejército poderoso; pero aun así, viendo como todo el mundo y especialmente los técnicos reconocen la maravillosa organización militar y los formidables armamentos de Alemania, la carga de la defensa nacional que pesa sobre cada habitante era en 1912 de 21'17 marcos por habitante, cuando Inglaterra gasta 32'18 marcos por habitante y Francia 27'08.

Una leyenda muy corriente en España nos ha hablado de la riqueza de Francia, pero pocos la han parangonado con la de Alemania a la que se juzgaba como país pobre. Observemos las cifras que nos ofrecen los grandes economistas: Ballod nos dice que la fortuna nacional de Alemania asciende a 270 mil millones de marcos; Mulhall hace oscilar la inglesa de 260 a 300 mil millones; Leroy-Beaulieu fija la francesa en 170 mil millones.

También existe la leyenda del ahorro francés. Comparemos. Alemania, en 1910, ahorra por habitante 258'50 marcos; Gran Bretaña (la estadística inglesa se refiere realmente a 1909) ahorra 98'25 y Francia 114 marcos. Bien se ve que, por este lado, Alemania supera en riqueza nacional y en ahorro a sus dos adversarios. Pero ¿y el oro circu-

lante? También nos dirán algo de ello las estadísticas. En cifras globales, Alemania tiene en circulación oro por valor de 4,300 millones de marcos; Inglaterra 2,370 y Francia 3,890.

Examinemos, siempre entregados a las estadísticas, el comercio exterior. En 1911 Alemania importó por valor de 9,705'7 millones de marcos y exportó por valor de 8,106,1. Inglaterra importó por 11,778,9 millones y exportó por 9,264,0 y Francia importó por 6,528,5 millones y exportó por 4,937,7. En veinte años había crecido el comercio exterior en Alemania un 143,1 %, en Inglaterra un 65,9 % y en Francia un 105,1 %. En este crecimiento esté quizá la principal causa de esta guerra, ya que la Gran Bretaña no podía ver con buenos ojos el avance gigantesco de Alemania.

Hay que tener presente que en diez años Alemania había aumentado su exportación de productos manufacturados en 65'8 %, mientras que Inglaterra sólo había llegado a un 53'6 % y Francia a un 53'2 %.

Si nos fijamos en el desarrollo de la marina mercante alemana, hallamos que en veinte años ha crecido en un 103'9 %. La marina mercante inglesa ha crecido sólo un 37'0 %. Francia ha ganado en un 68'5 %.

Y para terminar estas notas, recordemos que se ha dicho que las naciones aliadas contra Alemania querían rendir a ésta por hambre. Muy puestas en carácter van a estar unas cuantas cifras relativas a la agricultura alemana:

SUPERFICIES CULTIVADAS

GÉNERO DE CULTIVO	Alemania	Inglaterra	Francia
Campos y viñedos	48'8 %	24'2 %	59'4 %
Prados y pastos	16'0 %	53'6 %	10'5 %
Selvas y bosques	25'9 %	4'0 %	15'8 %
Tierras improductivas	9'3 %	18'2 %	14'3 %

COSECHAS

1911	Trigo y centeno Toneladas	Cebada y avena Toneladas	Patatas Toneladas
Alemania	14.932,400	10.864,000	34.374,200
Inglaterra	—	—	—
Francia	10.381,600	6.193,700	11.527,900

RENDIMIENTO POR HECTÁREA

1911	Trigo Kg.	Centeno Kg.	Cebada Kg.	Avena Kg.	Patatas Kg.
Alemania	2,060	1,770	1,990	1,780	10,350
Inglaterra	—	—	—	—	—
Francia	1,380	1,430	1,430	1,260	7,420

Un ligero examen de estos datos nos han de dar la clave del *por qué vence Alemania*. Su poderío militar se basa en su poderío económico, de la misma manera que éste necesita de aquél para desarrollarse en toda su plenitud.

Exáminenlos todas las personas desapasionadas y digan en conciencia si esta potencialidad viva de Alemania, unida a un patriotismo sano y consciente, a despecho de todos los odios contra ella acumulados, podrá ser destruída fácilmente.

La Teología y la guerra

POR ENRIQUE SCHRÖRS

Pensamientos de un teólogo católico
respecto a la actual situación.

INTER arma silent Musae. La guerra mundial, que en el presente momento histórico lanza unas potencias armadas contra otras, como torbellinos de fuego y acero, no sólo causa profundas e incurables heridas sobre las fuerzas populares y en la vida de los pueblos, sino que, respecto a la cultura intelectual, produce una verdadera catástrofe. Las Ciencias y las Artes se ven obligadas a interrumpir su pacífica labor. Al que no le obligan sus deberes patrios a emprender trabajos más belicosos, se ve violentamente lanzado del tranquilo centro de sus tareas por la agitación que producen los actuales acontecimientos; y no hay uno que no sienta paralizadas sus facultades por los tristes pensamientos que ocasionan la necesidad y el incierto porvenir de su propio pueblo, que pesan como plomo sobre el cerebro y el corazón.

A donde quiera que volvemos los ojos, encontramos los sitios en que se cultivan las Ciencias, desiertos; la juventud que llena las aulas de nuestros centros docentes, la mayor parte en los campos de batalla; la generación más joven de nuestro profesorado universitario, que tan valiosos servicios presta a la instrucción, a causa de sus frescas energías e incansable celo, buscando en el teatro de la guerra otros laureles que los que pudieran conquistar en el palenque de las Ciencias. En los sitios dedicados a las investigaciones científicas, en las Bibliotecas, Archivos, Institutos y Laboratorios, en todas partes, reina la soledad más completa; y muchos de los trabajos que supondrían un adelanto en el progreso de la Humanidad, quedan indefinidamente interrumpidos, cuando no abandonados para siempre, por no volver de la lucha asesina la mano que les había de dar vida. ¡Cuántas inteligencias, cuántos tesoros para la cultura mundial quedaron perdidos! Esta encarnizada lucha de los hombres entre sí, producirá huecos en las Ciencias, imposibles de llenar. Por el momento, está paralizado el comercio de libros, ese manantial de conocimientos, no sólo importante desde el punto de vista mercantil, sino indispensable para la fecundidad de los campos intelectuales. Ha llegado el día de luto y de la resignación para todos los ramos del saber humano.

Cuando las Musas callan, tienen más obligación de hablar los ἄνδρες μουσικοί. Quizás se elevarán las voces de los que tienen por oficio la honradez y han hecho de ella la suprema ley de su conciencia, tanto científica como ética; los que en todos los tiempos han servido a la Verdad y sólo a ella han querido servir; y traspassando esas voces las fronteras, se harán oír, a pesar del fragor del combate, al menos por los que también practican el santo culto de la Verdad. Y cuando alguien intente emitir un juicio sobre la parte psíquica de la propia patria en el incommensurable momento histórico actual, no debe hacerlo sin antes consultar con los representantes de la Ciencia, que son los que puede decirse tienen siempre puesto el dedo sobre las arterias intelectuales de la nación.

El historiador que en los tiempos futuros quiera describir el principio de la guerra actual, no tendrá una labor difícil, pero sí minuciosa para reproducir el estado de la opinión pública en los pueblos que han sido nuestros adversarios y el comienzo y desarrollo del conflicto con la turbulenta agitación causada por la prensa al servicio de los Gobiernos y de los partidos dominantes, y que es uno de los trozos definitivos de las relaciones sociales

modernas. El espíritu de partido y la tendencia es el límite que se ha señalado la política momentánea, y ante la tendencia debe inclinarse la verdad de las cosas: es inútil intentar la lucha. Pero sobre las masas fáciles de alucinar están los espíritus superiores por su esmerada educación y cultura y que quieren convencerse por sus propios ojos y su propio discernimiento; para esos hemos de presentar pruebas que atestigüen el estado de ánimo del pueblo alemán.

Con mucha frecuencia, y en distintos círculos (ahora me refiero con preferencia a los más ilustrados de los católicos extranjeros), se ha presentado al Imperio alemán como aplastado bajo el férreo martillo del poder y del violento partido militar. Casi por completo pasan inadvertidos los esfuerzos y aspiraciones de la nación para lograr un renacimiento político que alcance a la unidad nacional, al término que todos los pueblos de Europa han logrado hace mucho tiempo, y que Italia conquistó no hace muchos años. Según las leyes naturales y las necesidades interiores, el nuevo reino se moldeó adoptando la forma que había de tener definitivamente. Esta estructura exterior ha puesto de manifiesto las fuerzas desde mucho tiempo existentes, reuniéndolas en un punto dado.

Como estas causas son desconocidas para la inmensa mayoría, que sólo ve en la unidad alemana un testimonio de indiscutible fuerza, las gentes se fundan en esto para creer que este poder que se sostiene por los mismos medios que han constituido su base, no puede menos de traducirse, por parte de nuestro pueblo, en una sed nunca extinguida de expansión territorial, en un sistema de constante amenaza para las demás naciones y en continuos esfuerzos para alcanzar el dominio mundial. Nada más alejado del pensamiento alemán que semejantes ideas. La conformidad interior, que desde el fin de la Edad Media — a pesar de que desde aquel tiempo puede decirse que nuestra población interior ha sufrido un cambio radical — fué ya un signo característico de la raza germana, y aun en épocas más lejanas pudo apreciarse en toda su magnitud, ha permanecido hasta hoy indeleble entre nosotros.

No pretendemos más que ser un pueblo grande entre los demás grandes pueblos. Estamos satisfechos porque vemos cumplidas todas las condiciones necesarias para el sostenimiento de nuestras fuerzas. No ambicionamos más en el mundo que el aire y la luz que disfrutan todos los seres nacidos. Cuando hemos empezado los trabajos de nuestra colonización no lo hemos hecho con otro intento que el de encontrar un campo en donde desahogar el exceso de nuestra población y dar mayor impulso al desarrollo de nuestra industria y comercio, así como la muy justificada aspiración de tomar una parte activa en la obra de esparcir la civilización sobre la tierra. No hemos hecho más que lo que hicieron España y Portugal en el siglo xvi y lo que aun hoy hacen Francia, Inglaterra e Italia.

Alemania no pretende imponer su dominio al resto del mundo, ni tampoco oponerse por la fuerza a los legítimos deseos de otras naciones; no piensa más que en defender sus derechos y en sostener el puesto que por medios legales y en justicia ha conquistado. Este es el profundo y bien fundado convencimiento de un hombre que nunca falta a la verdad.

Una prueba de lo que decimos existe en la actitud adoptada por los católicos de Alemania, que forman una parte considerable de la población del Imperio, y que por la importancia de su representación parlamentaria, su parecer tiene mucho peso en la balanza de la opinión pública. El partido católico alemán no hubiera prestado su concurso a una política de conquista y de dominio mundial. El catolicismo, por su misma naturaleza, tiene firmes trazos internacionales; su Iglesia está constituida de modo que sirve para todo el mundo; todos los pueblos, dentro de ella, tienen iguales derechos. La presión política que se ejerciera sobre un pueblo en el que predominara el elemento católico, o al menos formara una parte considerable de su población, envolvería una violación a los

derechos de la Iglesia. Justamente, a los católicos alemanes se les ha hecho con frecuencia el reproche — y nada menos que algunas veces por el príncipe de Bismarck en persona — de que poseen una dosis escasa de sentimiento nacional, y que en ellos la idea de la patria esta supeditada a la de sus internacionales creencias. Dicho en esta forma, el reproche es injusto; pero lo que no puede negarse, que es cierto, es que en Italia, aun más en Francia y también hasta cierto punto en América, el catolicismo tiene perfiles más nacionales que entre nosotros, no sólo en cuanto se relaciona con las prácticas y costumbres religiosas populares y las instituciones eclesiásticas, lo que no merece la más leve censura, sino también en cuanto atañe a la forma en general de la idea católica y a la manera de interpretar las principales tareas de nuestra Iglesia.

Cuanto menos hayamos sentido la influencia del medio ambiente nacional al tratar de estas cosas de carácter sagrado y hayamos sostenido con firmeza las prerrogativas de carácter internacional, según nuestras propias convicciones, tanto menos sospechosos debemos ser de sacrificarnos ante el altar de una política patrioter. Ha sido preciso el que mediante pruebas repetidas e indiscutibles, hayamos adquirido el convencimiento de que al desenvainar nuestro *Kaiser* la espada, no lo hacía para provocar una guerra injusta y reprobada por los cánones de nuestra Iglesia Católica, sino obedeciendo a la imprescindible necesidad de defender el honor nacional y la existencia de la patria.

El fantasma del *militarismo* que en otros tiempos tuvo su encarnación en el suelo germano, sólo existe ya en la fantasía de las naciones extranjeras. Según ellas afirman esta sombra oprime y paraliza a la civilización y a todas las valiosas adquisiciones de la humanidad moderna, llegando a convertir a Alemania en la potencia enemiga de toda cultura y libertad. No creemos necesario hacer aquí protestas de la total injusticia que encierra esta idea, por desgracia tan extendida; para desmentir tan falsas afirmaciones basta con tener presentes los hechos desconocidos. Por un lado, la política que seguían, desde mucho tiempo atrás, nuestros hoy enemigos declarados, mediante la cual pretendían cercar y aislar a Alemania, mientras que ellos hacían con premura los preparativos necesarios para cogerla en medio de un círculo de hierro; y por el otro lado, la situación geográfica del Imperio alemán, que rodeado de potencias enemigas, no tuvo más remedio que, en defensa propia, hacer sus preparativos militares. En defensa propia fué y lo sigue siendo; esto lo afirman, desde el Tribunal de la Historia, los cuarenta años de paz que habían transcurrido, y durante los cuales se presentaron ocasiones más favorables que la presente, si hubiera tratado de imponerse el *militarismo* alemán.

Trataremos de presentar cómo se han desarrollado los acontecimientos de este momento histórico, según el criterio de los católicos alemanes. Ante todo, éstos han meditado profundamente si el concurso y sanción prestados a los preparativos militares podía, según su conciencia, hermanarse con las bases intangibles de su Religión. En el programa electoral, las cargas del presupuesto de guerra hicieron un papel muy importante. En un caso especial, el de la demanda de los siete años, que los católicos no encontraron justificado, se vieron obligados, para no violentar su conciencia a dar sus votos a la oposición, hecho que provocó la disolución del Parlamento. El militarismo, cuyo único objeto es la conquista, y que no emplea la fuerza de sus armas en la defensa de alguna causa útil y moral, es por completo incompatible con el espíritu del cristianismo, cuyos fundamentos son el Amor, la Justicia y la Moral. Este es el principio que ha guiado los juicios de los teólogos católicos de otras épocas a través de la Edad Media y de los tiempos modernos, hasta llegar a la víspera de esta guerra, y en él han inspirado también su criterio al juzgar los preparativos que se habían de llevar a cabo. Tan firmes e invariables son las fases de estos juicios, que todos los teólogos morales a una voz condenan como pecaminosa la participación, por pequeña que sea, del individuo en una guerra cuya causa no sea justa.

Recientemente ha aparecido en Francia una obra que ha tratado de descubrir la verdadera situación que ocupa la teología católica ante la cuestión de la guerra, propagándola desde el punto de vista histórico y retrospectivo; los sabios del país, más competentes en estas materias, se han apresurado a prestar su concurso. Nosotros, en este caso, nos contentamos con juzgar por los acontecimientos; y contemplando a su luz la actual guerra, en la que Alemania se ve mezclada, fallamos, de acuerdo con nuestra conciencia, que es perfectamente justa la causa de nuestra patria.

No somos ni hemos sido nunca militaristas, pero hemos votado con el mayor entusiasmo los presupuestos extraordinarios para los preparativos de la propia defensa, en esta lucha a que se nos había obligado, sin el menor rozamiento con las doctrinas de nuestra Santa Iglesia.

El que Alemania haya tenido que empuñar la espada contra pueblos a los que nos unen los más altos intereses de la cultura y cuya sabiduría somos los primeros en reconocer, es una de las más dolorosas consecuencias de la situación presente. Especialmente penoso es este triste deber para los teólogos católicos; porque aun más que otras ciencias, la teología tiene en Francia una amplia base común, puesto que las miras de ambas naciones coinciden en gran parte de sus apreciaciones y están estrechamente unidas a causa de la identidad del punto de partida y de la semejanza en el sistema del trabajo. Esto trae consigo la absoluta unidad del catolicismo, así como el sello eclesiástico de la teología. Esta unión es mucho más íntima que, por ejemplo, la que pueda existir entre la teología protestante de Alemania y la inglesa de igual confesión. Esto consiste en las diferencias de Iglesias y de doctrinas que hay entre ambos países, a pesar de que las dos pertenecen a la religión reformada; estas diferencias fundamentales, producen una marcada separación en el curso de los trabajos teológicos, aunque se prescinda de las tendencias libres. La teología protestante es la ciencia de la religión cristiana, y la teología católica es la doctrina científica de la Iglesia, su dogma, su ética, su composición, su administración, su liturgia, su devoción, los fundamentos sagrados de su religiosidad y su historia. Por eso, es cosa que viene por sí misma la igualdad y unidad de esta última en todos los países, sin perjudicar a los demás ramos de la ciencia, pues el genio es único en todos los pueblos y sin fundirse tampoco en la teología nacional.

Las relaciones entre Francia y Alemania en lo relativo a este asunto, llegaban tan lejos, que no sólo se comunicaban sus respectivas adquisiciones científicas por medio de numerosas y recíprocas traducciones, sino que varias veces ocurrió el caso de que obras instructivas de autores extranjeros, sirvieron en los centros de educación franceses y alemanes, como libros de texto, en el mismo idioma en que se escribieron. Otro lazo de unión es la moderna y grandiosa edición de la Biblia que poseemos, el *Cursus scripturae sacrae*, compuesta por teólogos alemanes y publicada en París. Los libros de mano más modernos y que tratan de la Historia de la Iglesia, tales como los escritos por Kraus, Brück, Funk, Knöpfler y Marx, han sido inmediatamente traducidos al francés. Las grandes enciclopedias que hoy ocupan el primer puesto entre los trabajos de este género y que son debidas a la pluma de eruditos franceses, tales como el Diccionario de la Biblia, el Diccionario de Teología, por Mangelot; el Diccionario de la Historia y la Geografía eclesiástica de Baudrillart y el Diccionario de Arqueología y Liturgia de los Benedictinos, forman parte de nuestros más preciados instrumentos de trabajo. Respecto a la historia completa de los Concilios de Aefele de Tübingen, existe un trabajo que sobrepuja al original y que es debido a un historiador sagrado francés.

En una palabra: entre los teólogos católicos alemanes y los del otro lado de los Vosgos existen relaciones estrechas y continuas. No hay para qué decir que entre nosotros no existen prejuicios nacionales. Los católicos protestaríamos enérgicamente si se tratara de humillar a Francia o de hacerla perder la posición que ocupa entre los pueblos cultos.

Si en Alemania existieran esas tendencias aún en secreto, y si la presente lucha tuviera ese fin, nosotros seríamos los primeros que nos opondríamos.

Al hecho innegable de que Rusia ha sido la que ha dado el impulso decisivo para este combate de pueblos, añadimos los católicos otra consideración inmediata. El panslavismo abriga un odio mortal contra la monarquía austro-húngara, y el panslavismo es el eje sobre el que gira toda la política ruso-balcánica. Pero el panslavismo está en íntima conexión con el cristianismo ortodoxo de Oriente. Este, para las masas creyentes, constituye el perfecto *ideal*, y la parte de la población que no comparte esas creencias, ve al menos en él un fin político. La cruz rusa, sobre la Hagia Sofía de Constantinopla, debía de ser el símbolo de que todos los Balkanes se reúnen bajo el dominio del Zar, y de que la Iglesia greco-rusa se desarrolla en todo el Oriente. Esta idea la acaricia desde hace mucho tiempo el clero ortodoxo y la extiende entre los eslavos del Sur, así como en Siria y Palestina; es la esperanza suprema nacional y religiosa mediante la que renacería de nuevo el poder y esplendor de la Iglesia oriental.

El profundo encono que siente esta confesión hacia la cristiandad latina no se ha calmado desde que ambas Iglesias se separaron en el siglo IX y aun hoy mismo forma el lazo de unión entre todas las sectas religiosas de Oriente.

Según la opinión del pueblo ruso y de los ortodoxos que habitan en la península balcánica, el actual conflicto europeo es también una guerra santa. El triunfo de Rusia sería un paso de gigante dado hacia la confusión de los ideales religiosos y acarrearía incalculables consecuencias para la posición mundial del catolicismo romano. De Galizia y del territorio del Danubio, así como de la Polonia rusa, sería completamente desterrado, y todos los esfuerzos que se han hecho para adelantar algunos pasos en Oriente habrían resultado inútiles.

Resulta muy difícil de comprender cómo es que el clero francés, que tanto se ha distinguido siempre por su espíritu católico romano, ha podido ver con entusiasmo esta alianza concertada con el Imperio moscovita; y también la parte de Francia que no comulga con las ideas religiosas, ha debido retroceder con espanto ante el golpe que sufrirían sus intereses en Oriente si Rusia obtuviera la victoria. No olviden que esos intereses en la actualidad no tienen más salvaguardia que el centenario protectorado de las Misiones Católicas, y esas Misiones se verían muy pronto deshechas a causa de la preponderante influencia de la Iglesia greco-rusa.

Wiesbaden, 12 de septiembre de 1914.

Alemania agrícola

POR B. F. HERMANN

PARA nuestros países latinos tiene Alemania, bajo el aspecto general agrícola, verdadera importancia pedagógica. Su estado floreciente, base de grandes recursos económicos, nos brinda las enseñanzas fehacientes de cuanto la actividad humana, encauzada por la razón y sostenida por una voluntad colectiva inquebrantable, es capaz de transformar, hacer y crear. Es la afirmación plena, del poder de la inteligencia humana, que convierte en ricos vergeles, por el sano imperio de la voluntad tenaz y consciente, los terrenos esteparios; que transforma y crea, en las regiones malsanas y pantanosas, veneros de riqueza, sin olvidar ni los más minúsculos detalles para llegar al máximo de aprovechamientos con el mínimo de sacrificios. Es la consagración del genio consciente y metódico de una raza, con vistas a las más altas grandezas sociales y políticas.....

A pesar del enorme desarrollo adquirido por sus industrias, Alemania debe de ser considerada como un país agrícola: su producción y su organización social agraria, lo prueban hasta la evidencia. Precisa considerar, para darse cuenta exacta de estas afirmaciones, la situación geográfica de Alemania, que la pone en condiciones evidentes de inferioridad en la explotación agrícola de su suelo, con respecto a los países que mundialmente pueden ostentar el título de agrícolas: son las inclemencias de su clima, las determinantes de esta inferioridad. Y, sin embargo, la evaluación total de su producción alcanza cifras que ni soñadas logramos en nuestros dulces climas mediterráneos, ya que la producción rural alemana, según estadísticas oficiales del año 1912, viene representada, en cifras redondas, por 2,800 millones de marcos para los cereales; en 4,000 millones para la ganadería y en 2,750 millones para la leche.

Es Alemania un país agrícola: no puede aplicársele el título de *esencialmente agrícola*, porque es *esencialmente* de todo: agrícola, industrial, intelectual, militar, comercial, etc., etcétera. Su esencialidad, bajo cualquiera de los aspectos económico-sociales, es relativa; esencialmente Alemania es un país lógico. Su norma colectiva es el bienestar social; su norma individual, la grandeza colectiva y por todo ello es un país de fe inquebrantable en sus destinos mundiales.

Cuatro quintas partes de la superficie total de Alemania, gracias al parcelamiento constante y metódico de sus grandes propiedades rurales, se compone de granjas agrícolas, cultivadas directamente por sus propietarios, de una superficie menor de 100 hectáreas. El 48'8 por 100 de su superficie se dedican a campos y viñedos; el 16 por 100 a prados y pastos; el 25'9 por 100 a bosque, quedando un remanente del 9'3 por 100 de terrenos improductivos.

Los suelos improductivos disminuyen rápidamente. Una de las características de Alemania es el incremento de la selvicultura, especialmente en las regiones montañosas: la labor de repoblación forestal se prosigue incesantemente desde hace ya siglos, particularmente por el Estado y los municipios, razón por la cual son ellos poseedores de casi la mitad de los bosques, que en su totalidad representan nada menos que la cantidad, en cifras redondas, de 10,000 millones de marcos, con un rendimiento anual medio del 3'5 por 100.

La pujanza y poderío de la agricultura alemana estriba principalmente en la forma en que se basa el repartimiento de la tierra de que hemos hablado antes, y tiene como factor importantísimo las poderosas asociaciones cooperativas agrícolas, que reúnen unos dos millones y medio de agricultores asociados.

A pesar de la inferioridad manifiesta de las condiciones climatológicas, y en parte también de las condiciones físico-químicas del suelo cultivable, Alemania ocupa uno de los primeros puestos respecto a la intensificación de los cultivos. El rendimiento medio por hectárea alcanza en Alemania para el cultivo del trigo a 2,060 kilogramos, cifra que no rebasan Francia, ya que sólo obtiene 1,380 kilogramos; Hungría y Canadá 1,400; Austria 1,320; Estados Unidos del Norte de América 840; Argentina 610; Rusia 470, etc. El cultivo de la patata también lo evidencia: el rendimiento en Alemania es de 10,350 kilogramos; en el Canadá de 9,670; en Austria de 9,230; en Hungría de 7,230; en Rusia de 7,000 y en los Estados Unidos de 5,440.

El avance progresivo de la intensificación de los cultivos es verdaderamente asombroso: desde el año 1881 al 1910 el aumento del rendimiento por hectárea alcanza para el trigo al 57 por 100; el de la avena al 80'7; el del centeno al 73'5; el de la patata al 61'4, y en estas mismas proporciones los restantes.

Este mejoramiento rápido debe atribuirse a la aplicación de los métodos científicos de la explotación de la tierra, a la enseñanza agrícola y al empleo de los abonos químicos. En el fondo estos tres factores integrantes del florecimiento agrícola, se reducen a uno solo:

la enseñanza. La aplicación de los métodos científicos y el empleo de los abonos químicos no nace de las teorías, sino de trabajos sistemáticos y de la vulgarización rápida y profusa de sus resultados. Desempeñan primordial papel en esta labor de vulgarización, además de las oficinas de propaganda de las grandes corporaciones de abonos, las cámaras y sociedades agrícolas y, sobre todo, las escuelas de agricultura, las cátedras ambulantes y las estaciones agronómicas. Para darse cuenta de esta labor de vulgarización científica agraria, bastará citar que en 1910, sólo en el reino de Prusia, existían ocho escuelas superiores, 18 escuelas profesionales, 221 escuelas profesionales primarias y 4.558 escuelas nocturnas, arrojando en total 88,625 alumnos asistentes a las mismas.

No resulta, pues, incomprensible el rápido mejoramiento de la agricultura alemana; ello pone de relieve la importancia de la sistemática organización pedagógica-experimental agraria, que hace posible los rápidos florecimientos de una nación.

Sin embargo, entre los factores primordiales determinantes de este florecimiento de la agricultura alemana por la vulgarización de los conocimientos experimentales y por la acción de la enseñanza, debe quizás ser considerado como el principal la difusión de la contabilidad en la explotación de la tierra. No hay enseñanzas más convincentes que las que arrojan los números encasillados en las partidas del *Debe y Haber* del libro de caja para lograr rápidamente la corrección de errores culturales, para la supresión de los gastos superfluos e inútiles. Quizás es este el factor determinante del mejoramiento rápido y progresivo de la agricultura alemana, y así parecen haberlo comprendido los elementos directores, que desde hace ya muchos años atienden preferentemente a la difusión de la práctica de la contabilidad en las granjas agrícolas, convencidos de la acción beneficiosa de los números, semejante en cierto modo, al papel que juega la conciencia en el individuo. Uno de los principales resultados obtenidos con la vulgarización y empleo de la contabilidad ha sido el de especializar las explotaciones; otro el del empleo de las máquinas agrícolas y finalmente el de la difusión de las cooperativas agrícolas.

La mujer juega asimismo un papel importantísimo en la agricultura alemana: es ella el complemento obligado de las explotaciones, el elemento creador y director de las pequeñas industrias rurales, que contribuyen a redondear los beneficios y a hacer la vida agradable. Están organizadas, sienten altamente la necesidad de aprender y contribuyen al mejoramiento de la vida familiar; ellas son jardineras y son hacendosas amas de su casa; cuidan del gallinero y del adorno de las viviendas; tienen los conocimientos primordiales para hacer la vida sana y bella.....

Del consorcio de todos estos factores que hemos enunciado sumariamente, es hija la esplendorosa floración de la agricultura en Alemania. El Estado contribuye en buena parte a este resultado; su tutela sirve para facilitar la obra individual y la obra colectiva.

Alemania es para nosotros, españoles, casi un país desconocido; de ella podemos tomar saludables consejos e imitar muy grandes y muy bellas cosas. La naturaleza, en nuestro país, nos brinda con facilidad suma ópimos frutos; nuestra agricultura se limita casi por completo a recoger aquello que la tierra y el sol nos ofrecen graciosamente. En la explotación de nuestro suelo feraz, lo menos que ponemos es inteligencia. No es ditirámico el decir que si hiciésemos arraigar en nuestro solar patrio, en nuestros hombres del campo, el espíritu, la voluntad y la inteligencia que ponen a contribución los agricultores alemanes, haríamos de España la primera de las naciones del mundo. Precisa reconocer que hemos progresado bastante en los últimos veinte años, pero no debemos engreirnos por ello ya que el avance resulta muy pequeño, visto el camino a recorrer. Y puesto que otros nos ofrecen las experiencias saludables, sepamos recogerlas y beneficiarnos de ellas.

La leyenda del militarismo

POR UN CAPITÁN DE INGENIEROS

EL arma favorita de los enemigos de Alemania, para restar simpatías a la noble patria de Bismark, es el espantajo del *militarismo*. El vulgo habla del militarismo, como podría hablar de la Inquisición o de la autocracia rusa. No sabe muy de cierto qué es eso del «militarismo»; pero como la prensa avanzada — que también está, intencionadamente o no, poco enterada del caso — le afirma que se trata de una institución tremebunda, cuyas resoluciones son indeclinables y han de cumplirse, claro es, *manu militari*, se exalta, protesta, pone el grito en el cielo y se declara furibunda adversaria de Alemania.

Hubo un tiempo en que los revolucionarios tenían puesta la vista precisamente en el poder armado, convencidos de que el Derecho y la Justicia necesitan ser impuestos para que prevalezcan. Caín, arrebatado, fácil al odio, dió rienda suelta a su pasión, porque Abel no tuvo a su lado más que el Derecho y la Justicia. Si por aquellos tiempos hubiese tenido la Humanidad guardia-civiles, quizá Caín habría pensado en las consecuencias de su obcecación.

Los revolucionarios diéronse pronto cuenta de que el ejército ha de servir a la patria y no a las ambiciones torpes, de manera que difícilmente se podría contar con él para perturbar la paz interna de los pueblos y, desde entonces, apuntaron a los elementos militares, probablemente, en venganza de lo que consideraban una defección y un desaire.

Comenzó la discusión de los medios de defensa, y de derivación en derivación llegóse hasta examinar la vida privada de los militares, buscando en lo individual el descrédito de la colectividad. El anarquismo, del brazo del socialismo, asaltó la tribuna de la prensa, penetró en los cuarteles, hizo presa incluso en la burguesía poco reflexiva y el ejército fué perdiendo sus más altas cualidades: el respeto público y la disciplina. Y esto fué en Italia, en Francia y en España, donde el verbalismo latino crea tribunas fáciles en el Parlamento y en el club, en la Cátedra y en la calle.

La autoridad de los jefes se relajó y el ejército se encontró falto de apoyo moral para perfeccionarse, para depurar los mismos defectos que se le echaron en cara. Así surgió con apariencias de fundamento el antimilitarismo. La revolución había dicho a semejanza del Divino Maestro: «El que no está conmigo está contra mí». En lugar de robustecer al ejército, lo mancilló, le hizo blanco de sus burlas, le redujo a una vida vegetativa. De esta reducción vinieron los fracasos. Trípoli y Marruecos demostraron que un ejército desprestigiado, necesita de grandes sacrificios personales para vencer.

Y otra vez el antimilitarismo se creció. Tenía tema abundante. Podía mencionar ineptitudes, errores, defectos de organización, barajar cifras fantásticas para deducir que el poder militar arruinaba a los pueblos. Podía hablar al corazón de las madres, tan buenas, tan piadosas, tan inocentes, heridas o temerosas de ser heridas en lo más amado, y las pobres madres fueron pregón de desalientos y enemistades.

No era menester más. El militarismo pasó a la categoría de azote, en la que sigue aún, a ciencia y paciencia de la lógica de los hechos.

¿Tiene algo de particular que en estas condiciones, Alemania se encuentre con una enemiga natural, que sus adversarios se han encargado de aumentar y que la fortuna de sus armas ha venido en cierto modo a confirmar?

Por todas partes oiréis: — «Sí, Alemania es un país admirable; su orden, su ciencia, sus bellas artes, su cultura son extraordinarias, pero..... ¡el militarismo es inaguantable!»

¡Militarismo! ¡Militarismo! ¿Queréis decirme qué valor tiene esta palabra? Según los diccionarios, es el predominio del elemento militar en el gobierno del Estado; y yo querría que me dijeran dónde está este predominio en la eminentemente civil Alemania.

Se confunde lastimosamente el espíritu dictatorial de la espada gobernadora, con la necesidad de mantener un núcleo de hombres de guerra dispuestos a sacrificar su vida por la vida de los hombres de paz. Suprimidle a una nación su poder guerrero y perderá inmediatamente su hegemonía comercial, por arraigada que ésta se encuentre. Se habla de la «pacifista» Inglaterra, y quitadle su marina: las colonias se rebelarán y no querrán ver explotada su producción; las naciones pequeñas se sacudirán el yugo arancelario; la vida económica inglesa, hoy tan floreciente, entrará en un período agónico.

No hay expansión comercial efectiva sin ejército, sea éste de mar o de tierra. Si Alemania es militarista porque ha mirado de poseer un ejército admirablemente organizado, militarista es Inglaterra manteniendo su marina en el grado más alto de desarrollo. ¿Para qué tanto acorazado, si no tuviese un comercio espléndido que proteger? Así también Alemania, cuya expansión comercial venía siendo desde hace algunos años de una potencialidad y un vigor extraordinarios, necesitaba elementos que la defendieran.

¿Habéis observado que la mayor parte de los cobradores de los Bancos van armados? ¿Son de natural bélico, llevan en sí mismos la acometividad del chulo? No. Se limitan a precaverse contra posibles latrocinios. Ellos son responsables de la misión que se les confía y se procuran toda suerte de garantías para no ser burlados. Las naciones de poderío comercial, necesitan de un ejército para sostenerse y aun para imponer sus leyes. ¿Ignoramos acaso las tarifas arancelarias de carácter vejatorio que nos impone Inglaterra?

Al pueblo se le ha hablado de «militarismo», pero no se le ha dicho la verdad entera. Se le ha hablado de la Alemania conquistadora y..... ¿dónde está esa Alemania, que no la vemos ni con cristales de aumento? Francia en Argelia y en Marruecos, Inglaterra en el Transvaal y en Orange, Italia en Tripolitania, incluso España en Marruecos han demostrado su inquietud armada en son de conquista de nuevos territorios. ¿Recordáis que Alemania haya hecho nada de esto?

El militarismo es real en Méjico, donde la supremacía del poder militar ahoga brutalmente al poder civil; es real en algunas repúblicas sud-americanas; ahora mismo tiene algo de realidad en Portugal, y la tuvo en España en la época de los pronunciamientos. Pero ¿en Alemania? No sabemos ver en ella más que el mismo amor por su poder militar que Inglaterra siente por su marina de guerra.

Y a nadie se le ocurre combatir a Inglaterra por «militarista». La sinrazón se ha creado para ofender a Alemania y cumple su cometido.

Munich ⁽¹⁾

POR EL DR. D. AGUSTÍN MURÚA

MUNICH, capital de Baviera, llamada no sin motivo, la Atenas alemana, es una ciudad encantadora, con fisonomía propia, eminentemente artística, hospitalaria, dotada dentro de un marco de modestia, de cuantos adelantos ha conseguido alcanzar la civilización moderna.

A estas circunstancias reúne Munich la ventaja muy apreciable de su tranquilidad relativa. Ese movimiento vertiginoso de Berlín, de París y de otras grandes capitales, que no deja de ofrecer serios peligros, por lo menos atentatorios a la normalidad del sistema

(1) Del libro *Tres años en Alemania*.

nervioso, no existe en sus calles y plazas; pero ninguno de los atractivos de aquellas ciudades falta en ella.

Durante los crudos días de su largo invierno, Munich vive hacia adentro, y en los confortables salones de las moradas particulares, alhajados con arreglo a los planos de sus célebres arquitectos, en los ámbitos de sus teatros, en los artísticos y numerosos templos levantados por la cultura de sus hijos para servir de asilo a las ciencias y a las artes que elevan las inteligencias a las regiones de la verdad y de la belleza, en los lujosos baños y locales destinados al cuidado y mejoramiento del cuerpo por medio del cultivo de *sports* variadísimos — patinación, natación, esgrima —; en las inmensas salas, por fin, de sus cervecerías donde se canta el *Deutschland über alles* (Alemania sobre todo) a tiempo que se vacían toneles innúmeros del dorado líquido, en todas partes, se nota un desbordamiento de alegría, de bienestar y de civilización, como quizá no exista comparable en ciudad alguna y que hacen de Munich un pueblo único, y para el que ha residido en él durante algún tiempo, preferible a todos.

A las bellezas de la ciudad, a su higiene esmerada, se junta el agradable trato de sus moradores, desprovistos de la antipática rigidez sajona, carácter algún tanto parecido al de los madrileños, mejorado por la instrucción superior de los habitantes del Imperio. Respecto a este punto, merece notarse el hecho de no haber nunca presenciado una riña de mala especie entre multitudes muy cercanas a los límites de la embriaguez, pareciendo, por el contrario, que la cerveza enjendra ideas contrarias a la camorra y al crimen, que con tan desgraciada frecuencia se derivan de los abusos del aguardiente y del vino no sin motivo denominado *peleón*: cantos, pesadez, sueño, he aquí el desarrollo del proceso que hemos observado siempre.

Las calles de la ciudad, cuidadosamente adoquinadas y asfaltadas en las junturas de las piedras, a fin de asegurar la impermeabilidad del suelo, o asfaltadas por completo, están dotadas durante la noche de una espléndida iluminación eléctrica de arco voltaico; difícilmente podrá encontrarse bajo tal concepto ciudad que pueda compararsele. La limpieza de las calles atrae desde luego la atención del visitante; más tarde, cuando avendados en la población y deseando conocer las costumbres de sus elementos trasnochadores, hubimos de retirarnos alguna vez a altas horas de la noche, comprendimos el secreto de aquella limpieza de sus asfaltados: brigadas de mangueros proceden al riego de las calles y aceras, y otras de mujeres, provistas de rastrillos terminados por tiras de caucho, recogen de tal suerte las inmundicias, que el pavimento queda limpio y brillante, cual si se tratara del de un edificio particular. No perderían el viaje los concejales de Barcelona dándose una vueltecita por las capitales alemanas antes de ceñirse el abdomen con la roja banda, insignia de su autoridad; por lo menos, comprenderían cuán abandonada se encuentra la ciudad condal en una de sus más importantes y sencillas condiciones higiénicas. Por lo menos, mandarían retirar del Paseo de Gracia a las doce del día, los grandes carros de basura, que descubiertos, ceden partículas de su repugnante contenido, al viento cargado de polvo que *acaricia* el rostro de los transeúntes y con ellas conduce a sus pulmones los gérmenes funestos de las diversas enfermedades contagiosas.

El pueblo alemán, sabiamente práctico, ha desdeñado la exterioridad fastuosa de las fachadas de sus casas particulares, que constituyen la única preocupación de los arquitectos *renovadores* y *modernistas* que padecemos por estas tierras. Miles de ventanas perfectamente simétricas dejan apenas romper sus líneas monótonas por las inspiradas en el arte clásico de sus soberbios edificios públicos, algunos de los cuales admiramos en nuestro primer paseo por la capital.

La hermosa plaza de Maximiliano-José cerrada por uno de sus lados por el Real Teatro de la Opera (*Hof und Nationaltheater*) con su magnífico pórtico griego; por el inmediato por una de las fachadas del Palacio Real, edificada modernamente reproduciendo la del

célebre palacio Pitti de Florencia, y por un tercero por la terraza cubierta, de estilo pompeyano, de una central de correos; el soberbio Palacio de Justicia, construido en estilo del renacimiento por el célebre arquitecto Thiersch; la sinagoga, de estilo románico, notable por sus grandes proporciones; el palacio municipal recientemente ampliado, de precioso estilo gótico, algún tanto recargado sin duda, y numerosas iglesias y monumentos, entre los que no faltan los dedicados a Goethe y Schiller, siguiendo la costumbre de todas las grandes villas alemanas de glorificar a sus grandes poetas, rompen la monotonía de la edificación general. Tampoco ha olvidado Munich a los hombres de ciencia y en sendas estatuas de bronce aparecen representados algunos de ellos al final de la *Maximiliansstrasse*, delante del edificio donde se encuentra provisionalmente instalado el Museo alemán inaugurado recientemente.

Numerosas fuentes monumentales adornan esta tranquila y espléndida residencia del Arte. Todas ellas, así como las estatuas construídas en mármol, se hallan protegidas durante el invierno por casetas de madera, a fin de evitar su deterioro por los bruscos cambios de temperatura.

Obsérvase en Munich escaso número de coches, debido a la conveniente disposición de la red de tranvías, que, como en todas las ciudades alemanas, pertenece a la ciudad, cuyo municipio obtiene de su explotación no pequeños ingresos. Estos tranvías van provistos de reloj, de una explicación gráfica, colocada al lado de los estribos, que indica al público la forma en que debe descender durante la marcha sin peligro de caída, y su personal, destinado, como parece lógico, al servicio del público (lo que no ocurre entre nosotros) resulta tan cortés, que he presenciado multitud de veces el caso simpático de dar el cobrador el brazo a las señoras ancianas para descender del vehículo. Puede pedirse el billete combinado para las diversas líneas, recorriendo varias de ellas por sólo 10 céntimos, caso increíble para nosotros que, viniendo del Tibidabo, debemos abonar varias perras gordas antes de alcanzar dentro del mismo coche el embarcadero del puerto. No faltan, sin embargo, automóviles de alquiler, utilizables casi al mismo precio que los coches de punto; cómoda institución cuya falta entre nosotros no sabemos a qué causa atribuir. Durante las grandes nevadas y subsiguientes heladas de invierno, vienen a dar una nota pintoresca a la capital de Baviera los clásicos tñneos, a veces muy lujosos, que en alguna ocasión hemos utilizado por capricho, aun a riesgo de dejar la nariz helada como recuerdo de la empresa, cosa que le hubiera ocurrido a mi compañero Amargós ciertamente a no haber acudido alguien en su auxilio frotándole enérgicamente la cara con nieve.

De gran utilidad serían entre nosotros los múltiples pabellones que se divisan en los sitios más céntricos de la ciudad: en su planta subterránea contienen urinarios y *Water-closet* a cuya puerta se ruega al público que antes de salir *coloque en orden* sus vestidos (*Man bittet die Kleidung in Ordnung zu bringen*), y en su parte superior un puesto de policía, provisto, como es consiguiente, de teléfono. De esta suerte, a los pocos momentos de ocurrir un accidente en la vía pública, puede presentarse uno de los magníficos carruajes de la cruz roja a fin de recoger al paciente y conducirlo al hospital.

Llama también la atención el extraordinario número de buzones distribuídos por las calles para recibir la correspondencia, con una indicación acerca de la hora en que ha de practicarse la recogida próxima. Esto evita el detalle poco recomendable del gran París, en el que hay necesidad de echar las cartas por la rendija practicada debajo del mostrador de alguna tienda de vinos y aguardientes, despacho de sellos y cerillas al propio tiempo, como nosotros hemos tenido precisión de hacer algunas veces, no sin cierta natural desconfianza.

Una de las notas más salientes de la ciudad, general a todas las del Imperio en que existen Universidades, la dan los estudiantes con sus gorras de rabiosos colores: rojo, anaranjado, azul, amarillo; paseadas con el mismo orgullo que pudieran hacerlo con su

corona de laurel los Césares triunfadores. Detalle importante de indumentaria estudiantil es también el uso imprescindible del bastón y particular de Munich la compañía poco tranquilizadora de un perro, generalmente de los llamados Bull-Dog. De las cicatrices que *honran* el rostro de los estudiantes, así como de otras particularidades de los mismos, tendremos que ocuparnos en otros lugares de estas impresiones.

No deja de llamar la atención del forastero el tipo de los desbollinadores de chimeneas, paseando por las calles su negra figura rematada por un sombrero de copa; son algo así como negros diablillos de oculta cola, seguramente evocados con éxito para asustar a los niños llorones.

Discurriendo por las calles alemanas, es muy fácil incurrir en multas. No se debe tirar papeles al suelo; no se debe llevar el bastón bajo el brazo en forma de pica; desde ciertas horas de la noche está prohibido cantar; debe llevarse en ciertos lugares la derecha, etcétera, etc. Del anuncio de estas y otras mil prohibiciones están encargados imperiosos letreros que terminan siempre con la fatídica palabra *Verboten* (prohibido) y de su ejecución inflexible el imponente policía (*Schutzmann*), ministro respetable y respetado de las leyes. Después supimos que los pianos tampoco deben tocarse ni aun dentro de las casas, pasadas las diez de la noche. Claro está que los de manubrio no se toleran en las calles, noticia que transmitimos a nuestros *organilleros*, por si piensan trasladarse a Alemania a ejercer sus abusos *artísticos*.

En esto de las prohibiciones, se ha llegado hasta el abuso y muchas veces al ridículo. Los mismos alemanes se burlan de ellas, aun cuando las acaten, como lo prueba la caricatura que vimos publicada en la famosa revista *Simplicissimus*, referente a las postreras disposiciones de un juez moribundo, que al dirigir por última vez la palabra a los suyos, es para decirles: «No olviden ustedes grabar en mi lápida: el pisar esta tumba está prohibido bajo pena de 40 marcos de multa o en su lugar de ocho días de prisión».

La guerra y la Gran Bretaña

POR GUILLERMO WUNDT

LA sensación más dolorosa que experimentamos, al contemplar esta horrorosa guerra que ha hecho coger las armas a nuestro pueblo, es el convencimiento de que Inglaterra ha sido la principal culpable en la provocación de este incendio mundial. Sin las pérdidas insidias de Inglaterra, sin el oro inglés y sin la flota británica, no hubiera sido posible esta guerra, o se hubiese contenido dentro de los límites que desde un principio se consideraron como sus fronteras naturales. Inglaterra es la que ha puesto los medios para que se convierta en guerra mundial y la que se ha impuesto como fin la destrucción de la potencia alemana, sin que trate yo de disimular este objeto con ningún pretexto ni frase.

Esto es lo que hoy nos llena del más profundo dolor, pero también de la más justa indignación contra nuestra próxima allegada Inglaterra, cuya organización hemos admirado, hasta hace poco tiempo, como el más perfecto modelo de las libertades ciudadanas, y cuyos poetas y pensadores reverenciamos aun hoy como cosa propia, como carne de nuestra carne y alma de nuestra alma. Por eso, cuando nuestro Emperador ha devuelto al Rey de Inglaterra el grado de Almirante, con que le agraciaron en días más felices, hemos considerado este acto no sólo como natural, sino como indispensable, dados nuestros sentimientos respecto al pirático atropello de esa nación próxima parienta nuestra.

De todos modos, esta satisfacción de amor propio no disminuye nuestra pena al saber de cierto que esta guerra no hubiera llegado a estallar si el pueblo inglés no la hubiera querido o, por lo menos, tolerado. Porque la Gran Bretaña no posee, como *su íntima amiga y aliada* Rusia, un régimen autocrático; Inglaterra es un país que se rige por medio de un sistema parlamentario, y en el que la opinión pública puede manifestarse libremente por medio de la palabra y de la pluma, sin ningún género de trabas ni obstáculos. ¿Dónde están los hombres que han protestado de la guerra en el Reino Unido? ¿Dónde están los que se hayan manifestado contrarios a esa monstruosa alianza que desde hace años une una potencia libre, de antigua civilización y elevada cultura, a la salvaje Rusia, país bárbaro, a pesar de sus grandes poetas? ¿No era fácil de prever, para todo el que no fuese ciego, que de ese antinatural contubernio no podía salir nada bueno? Ciertamente es que, a raíz de la declaración de la guerra, algunos sabios de inteligencia privilegiada, y muy admirados también en Alemania, se declararon contrarios a ella. Pero ¿qué importancia tiene esa media docena de profesores, en su mayoría de las Universidades de Oxford y Cambridge, en comparación de toda la intelectualidad inglesa? No forman más que una minoría insignificante entre sus propios colegas.

Aun es peor nuestra situación respecto a la prensa inglesa. Tan pronto como se rompieron las hostilidades, publicó el *Daily News*, que era relativamente el más germanófilo de los diarios ingleses, que el plan más acertado sería el proceder con rapidez a la destrucción de la flota alemana, a fin de concluir una paz barata y ventajosa. ¡Una paz barata y ventajosa! Es natural, una vez destruida la flota alemana, sería Inglaterra la que dictara las condiciones de esa paz, y ya puede preverse cuál sería el sentido que las inspiraría, teniendo en cuenta las intenciones que animan a los hombres de Estado ingleses respecto a nosotros. No dejarían de reflejarse en ellas la mala voluntad que nos profesan los señores Grey y Churchill. Bien es verdad que ha existido en el Gabinete inglés un hombre que se ha manifestado acérrimo adversario de la guerra y que, a consecuencia de la ruptura de hostilidades, presentó la dimisión del elevado cargo que desempeñaba: era el Ministro del Interior, y se llamaba John Burns, el jefe del partido obrero. Hace poco tiempo que ese mismo John Burns, pronunció un importante discurso, en el que designaba a Grey como al promovedor de la guerra, y denunció ante la faz del país, que dicho político, por satisfacer su ciega vanidad, había comprometido gravemente la existencia de Inglaterra, y que no pasaba de ser una indisculpable ofuscación el creer que por medio de esa fantástica alianza con Francia y Rusia, iba a conseguir derrotar a Alemania. Pero preguntamos nosotros: ¿por qué John Burns no ha pronunciado antes su discurso? ¿por qué ahora, cuando el esperado triunfo de las armas inglesas se ha convertido en repetidas derrotas? ¿por qué John Burns no ha empleado desde hace años sus energías en protestar contra esa mal sana alianza con Rusia, de la que nada bueno podía resultar para Inglaterra? ¿por qué antes de que se rompieran las hostilidades el caudillo obrero no reclamó el auxilio de sus prosélitos para oponerse valientemente a ella? El caso es que no lo ha hecho, y que si así hubiera sido, probablemente su voz se hubiese perdido en el vacío. Si en Inglaterra los ánimos populares, o siquiera las clases más educadas, hubieran manifestado una opinión contraria a la guerra, no hay Gobierno capaz, en la Gran Bretaña, de lanzar al país en una guerra contra la voluntad del pueblo. Cuando hace algunos años el Gabinete conservador cedió el puesto a los liberales que hoy ocupan el poder, dos Ministros de aquel Gobierno pasaron a ocupar de nuevo sus respectivos Ministerios en el Gabinete que le sucedió, y fueron éstos Mr. Winston Churchill, el actual Ministro de Marina y Sir Eduardo Grey, que desempeña la cartera de Negocios Extranjeros; pues tratándose del exterior y, sobre todo, de Alemania, en Inglaterra no hay diferencias de partidos, y esta opinión que sostiene el Parlamento está compartida por toda la nación, al menos en su inmensa mayoría; de modo, que los pocos que pretenden oponerse a la

corriente y dejar oír su voz, no pueden impedir el que ésta se pierda ahogada por los rumores de la multitud.

Estos son los motivos que hacen esta guerra, para nosotros especialmente, pesada y dolorosa; el pensar que en ella tenemos por principales adversarios a nuestros próximos allegados y que, por mucho que desde los antiguos tiempos, y no ciertamente en su favor, haya cambiado el carácter británico, siempre existirán lazos de unión entre la mentalidad alemana y la inglesa. ¿Qué nos importa esa insignificante Bélgica, que en su temeraria ofuscación sólo se ha metido en esta guerra para dar un testimonio a los ojos del mundo de su existencia como nación? ¿Y quién es, entre nosotros, el que no siente la más sincera compasión por esa hermosa y desgraciada Francia, donde una gran mayoría de sus habitantes no querían la guerra, y sólo han sido lanzados a ella por un puñado de políticos aventureros y sin conciencia, y obligados a emplear medios violentos para sostenerse en las alturas del poder? No emplearemos duras represalias, ni una, con los periodistas que constantemente elevan su voz de trueno, lanzando insensatas fanfarronadas y estúpidas amenazas contra el pueblo alemán, para excitar los ánimos en Francia. ¿En qué nos puede ofender que un señor llamado Enrique Bergson, a quien nadie concede en Alemania el derecho a llamarse filósofo, ni nadie ha tomado aquí nunca en serio, nos llame bárbaros? Todos estamos en el secreto de que este filósofo ha robado sus pensamientos, siempre que éstos valgan algo, a estos mismos bárbaros; y que, después de adornados por su fraseología de oropel, los esparce por el mundo, como si fueran inspiración propia.

¡Y en cuanto a Rusia!... ¿qué podemos esperar de un Gobierno que no es capaz de implantar la cultura en sus propios Estados, y cuya principal tarea consiste en oprimir y ahogar toda aspiración de cultura en sus súbditos; qué podemos esperar, repito, sino que caerá en el lazo que le han tendido sus amigas occidentales Francia e Inglaterra, presentándole las ventajas que podía obtener en el nuevo reparto del mundo, a costa de sus vecinos? Porque no hay que negarlo: Francia y Rusia son culpables; pero su culpa se atenúa y casi desaparece, cuando se tiene en cuenta los medios de seducción empleados por Inglaterra en el programa que confeccionó para llevar a cabo el *cercar a Alemania*. La Gran Bretaña es y será la principal culpable; para esta traidora nación no hay disculpa; obra suya es el diabólico plan para destruir a Alemania; ella ha facilitado el camino para que se concierte esa incomprensible alianza que une las dos potencias que, después de Italia, poseen la más antigua cultura de Europa con la bárbara Rusia. Inglaterra, la más próxima allegada de todas las naciones, es nuestra más cruel enemiga.

Cuando la guerra empezó, aun abrigamos por un momento la ilusión de que la Inglaterra intelectual no la aprobaría; desgraciadamente el transcurso del tiempo nos ha proporcionado un completo desengaño. Con la única excepción de algunos eruditos que a causa de relaciones personales con amigos alemanes han tenido ocasión de conocer mejor nuestra patria que la inmensa mayoría de sus compatriotas, toda la Inglaterra literaria está frente a nosotros.

En comparación con las groseras injurias que se permite publicar Bernardo Shaw, un escritor por cierto muy leído en Alemania, parecen los *bárbaros* de los señores Bergson y Maeterlinck una insignificante falta de cortesía; y los ecos de la opinión pública que aparecen en las columnas de la prensa diaria inglesa y que salen de las filas del mundo educado inglés, no desmerecen de los brutales y estúpidos ultrajes debidos a la pluma de los literatos de profesión.

A pesar de todos estos hechos palpables que tenemos ante los ojos, aun existen en Alemania espíritus contemplativos y blandos de corazón que hablan de la posibilidad de una reconciliación nueva con Inglaterra antes de que ajustemos nuestras cuentas con los demás adversarios. Como si fuese posible una reconciliación duradera con la Gran Bretaña tal y como todos la deseamos antes de que esta altanera Albión hubiese perdido

para siempre la posibilidad de seguir su disolvente política contra Alemania. Cuando esto se haya llevado a cabo, entonces llegará el día en que podamos pensar en tender nuestra mano a una Inglaterra de nuevo nacida, y juntas las dos naciones emprenderán la gigantesca tarea que está reservada en el mundo para los pueblos germanos.

Corre por el mundo una máxima que se estima como muy cierta, y según la cual, el inglés *Gentleman*, como individuo, no sólo es la suprema corrección, sino que posee un carácter honrado y en el que se puede confiar; pero que, tomando a los ingleses como nación, justamente carecen de las condiciones que tan respetable hacen al individuo.

Diremos, por último, que la más acertada expresión para definir el espíritu de un pueblo, se encuentra en su filosofía; naturalmente, no queremos decir con eso en todas las filosofías que produce un país, sino en aquella que se ha hecho popular, llegando a sobreponerse a las demás. Todos nos inclinamos con respeto y gratitud ante los grandes filósofos de otras épocas nacidos sobre el suelo inglés. Un Bacon, Locke, Shaftesbury, Berkeley y Hume son glorias que reverenciamos al par que las nuestras; lo mismo que los grandes poetas, los eruditos naturalistas y los sabios historiadores ingleses, a los que consagramos igual admiración que a los nuestros. Pero la filosofía popular que domina a la Inglaterra contemporánea, no es la que han predicado ninguno de esos ilustres pensadores. La moral que prepondera en la Gran Bretaña actual, de la que están llenos todos los corazones, desde el hombre de Estado más conspicuo hasta el menos intelectual de los comerciantes, es la moral de la conveniencia, o, mejor dicho, la moral del bienestar. El más acabado intérprete de esta novísima filosofía, es uno de los más notables ingleses que han existido en el siglo pasado: Jeremías Bentham. *Cada uno debe hacer lo que más le convenga*, dice el axioma sobre el que se funda esta moral; pero esta sentencia se debe utilizar con la conveniente discreción para no perjudicar al propio tiempo los intereses del prójimo; ha de tenerse entendido que esto de prójimo no se refiere más que a los ingleses; para los demás se emplea este otro aforismo: *Mi patria es mi mundo*. Es decir, que respecto a las demás naciones se aplican estas doctrinas del utilitarismo con toda la desconsideración y brutalidad del más refinado egoísmo. Este egoísmo es el que preside en las relaciones que Inglaterra tiene con sus colonias: siempre y ante todo sus propias conveniencias y ventajas; si al mismo tiempo se puede hacer algo por la cultura y el bienestar de esos territorios, se considera como una feliz coincidencia, pero esto en el fondo, para el verdadero anglo-sajón, es una cosa bastante indiferente.

El espíritu de la base fundamental de esta filosofía se encuentra también en el programa que redactaron los hombres de Estado ingleses para llevar a cabo el cerco de Alemania y que ha traído las complicaciones de la presente guerra. ¡La paz con Inglaterra! ¿Quién no la desea ardientemente? Pero en la conciencia de todos está que una paz duradera con la Gran Bretaña sólo puede existir después de que nuestro triunfo haya imposibilitado a esta nación para siempre, de que pueda encender en lo futuro otra guerra como la presente.

Leipzig, 7 de septiembre de 1914.



¿Por qué amo a Alemania?

POR FEDERICO HERNÁNDEZ Y ALEJANDRO

No por su marcial fuerza, no por su bélico poder, vigorosa aquélla, titánico éste; no por su heroísmo inconcebible, ni por sus energías asombrosas; no porque en cien batallas, en Molwitz y en Leipzig, en Rosbach y en Waterloo, en Sadowa y en Rezonville, triunfara; no sólo por su denuesto impetuoso, por su perseverancia inquebrantable, por su abnegación y por su sacrificio en los combates, no; no únicamente por la sangre generosa que vertieron sus soldados, por el valor de sus hijos, por las famosas epopeyas que registra su Historia, no por eso solamente la admiro, no por eso la amo. Mis sentimientos se inclinan hacia ella, hacia la Germania gloriosa e inmortal, impulsados por el pasmo que en mi espíritu produce un nombre, el de Schongauer, y una obra, la de sus cuadros llenos de ideal belleza y, a la vez, de fidelísima realidad; y otro nombre, el del primate, el del sin par Albrecht Dürer, y otra obra, las tablas y las telas del gran maestro que está a nivel de Vinci y de Rubens, de Miguel Angel y de Rembrandt; y otro nombre, el de Hans Gensfleisch de Sulgelock, el de Gutenberg, y otra obra, la prodigiosa que produjo ese «telescopio del alma», como llama Lamartine a la imprenta, de cuya estupenda maravilla fué una de las manifestaciones primeras aquella Biblia de treinta y seis líneas comenzada por el ciudadano de Maguncia en sus prensas de Estrasburgo; otro nombre, el de Juan Decker, el escultor eximio de la escuela que floreció en la antigua y artística corte de los Hohenstaufen, la Atenas germánica de la décima quinta centuria; otro nombre, el de Erwin de Steinbach, el arquitecto celeberrimo que trazó sublimes templos, que elevó catedrales magníficas; otro nombre, el de Holbein, y otra obra, la incomparable ejecutada por su buril, la preciada joya del grabado, que se conoce por «La Danza de los muertos»; otro nombre, el de Haydn, y otra obra, el oratorio de «La Creación»; y otros nombres, como los de Klopstock y Lessing y Schiller y Herder y Schlegel y Koerner, con obras como «La Mesiada», como el «Laocoonte», como «Don Carlos», como las «Ideas sobre la filosofía de la Historia de la Humanidad», como la «Historia de la literatura antigua y moderna», como «La canción de la espada» y «La carga de Lutzow»; y muchos más ilustres, brillantes genios, astros esplendorosos que esparcen la luz del saber; nombres que, al igual que el de Kant, son una filosofía, y una ciencia con Humbolt, y una lingüística con Bopp, y una química con Liebig, y una poesía con Federico Rückert, y un arte con Kaulbach y Schwantaler, con Overbeck y con Wagner, y una arqueología con Winckelmann, y una inspiración rica, fecunda, luminosa, con Wieland y Goethe, con Ulrico de Hutten, el Demóstenes alemán, y Enrique Heine, el vate de inimitable ironía, con Richter, el pensador, y los hermanos Grimm, los cuentistas insignes, tan insignes como eruditos portentosos, y con toda la admirable prosa del autor de la «Historia de la guerra de Treinta Años» y de los versos sublimes de la gran trilogía «Wallenstein».

Alemania se ha inmortalizado, más que por sus victorias alcanzadas en el fragor de la pugna campal, por los éxitos logrados en las incruentas, en las augustas, en las santas lides de la inteligencia y del trabajo. No conoce a Alemania aquel que no ha visto la flecha gallarda, airosa, encaje de piedra, de la iglesia arzobispal de Friburgo en Breisgau; no conoce a Alemania el que no ha contemplado el «Rathaus» de Frankfurt; no conoce a Alemania el que en éxtasis no ha admirado las creaciones de los artistas de Nuremberg y de Augsburg, los cuadros de Federico Herlen y de Hans Holbein, las estatuas de Juan de Colonia, «El Calvario» de Spire, los altares de la catedral de Ulm, el monasterio de Fulda, los palacios comunales de Bremen y Goslar, las diminutas estampas de Virgilio Solis,

las aguas fuertes de Wilmann, los retratos de Kilian. No conoce a Alemania quien no leyó «Hermann y Dorotea», quien no llevó a su alma el más inefable de los goces recitando los versos de Gleim, quien no estudió el «Kosmos», quien ignora sus melancólicas y poéticas leyendas, sus epopeyas y sus tradiciones, su «Lancelot del lago», su «Nibelungon» y su «Heldenbuch». No conoce a Alemania el que no visitó los alcázares del Arte en Munich y en Dresde, en Düsseldorf y en Berlín, en los que se custodian tesoros valiosísimos de Aldegrevier y de Knaus, de Vischer y de Kiss, de Lucas Cranach y de José Keller, de Wohlgemuth y de Hirschvogel, genios preclaros que con sus colores, con sus cinces, con sus gubias, con sus buriles, a la esplendorosa hermosura del Arte encantador, que a los sentidos embelesa y al espíritu subyuga, aún la dieron más mágico fulgor. No conoce a Alemania el que no vió el Rhin, el Rhin majestuoso, con la majestad de las revelaciones sublimes del Creador Omnipotente e Infinito, bello y poético aquél como la doncella del «Fausto», romántico y soñador en sus ondas y riberas como la evocación de los dulces cantos de los trovadores de la patria de Hans Sachs. No conoce a Alemania el que no penetró en el misterio augusto de los espíritus de Helena y Margarita, esculturas del alma femenina, esculpidas por el numen casi divinizado del poeta de Weimar, que allí, en el «Goethe - National museum», tiene su templo. No conoce a Alemania el que no tuvo ocasión de admirar el soberbio edificio, dirigida su construcción, de románico estilo, por el inspirado Gatner, que se alza en la «Ludwigstrasse», la memorable Universidad que lleva el nombre de Ludovico Maximiliano; ni el que no vió, en la patria del maestro de los dibujantes del Renacimiento, las riquezas que en sus ojivales galerías y suntuosas salas guarda el «Germanisches Museum»; ni el que en Munich no contempló con arrobamiento su Pinacoteca, que con la del Louvre, la de Florencia y la del Prado, constituye la tetralogía pictórica de Europa, y en esa misma elegante capital de la histórica Sajonia, no visitó el museo de la porcelana y en él no paró su atención frente a los grupos incomparables de Meissen y en los primeros portentosos trabajos de Böttger, y en la cuna del creador de «Werther», aquellas artísticas, más artísticas en su vetustez, «Haus Frauenstein» y aquel «Römerblick vom alten Markt».

¿Por qué amo a Alemania? Por la honestidad de sus mujeres, por la virtud y la abnegación de sus madres, por la laboriosidad y la honradez de sus hijos; porque Germania es austera y sufrida, inteligente y trabajadora, leal y perseverante; porque en el país teutón la ley, que debe de ser la expresión de lo justo, se acata y cumple; porque el derecho es respetado y no encuentra más límite que el derecho de otro; porque el afecto profundo hacia la Patria trueca al mozo casi imberbe en héroe legendario. La amo porque es hospitalaria, porque acoge bondadosa y solícita al extranjero, porque no mira altanera y despectiva al que habla otra lengua distinta de la del egregio autor de «Palabras de fe» y de «La Campana»; la amo, porque a mí, español, para demostrarme sus simpatías, en Trévesis y en Maguncia, en Colonia y en Worms, me dirigieron en el idioma de Cervantes y de Lope, de Saavedra y de Fray Luis de Granada muchas frases del castellano léxico; porque en Frankfort y en Hamburgo, en Coblenza y en Metz, en todas partes, estuvieron afables, cariñosos, como nunca más lo fueron con hispánicas gentes en la casi española Amberes, ni en la que se dice latina altanera ciudad del Sena.

Amo a Alemania porque soy varón justo, y porque, como, felizmente, poseo arraigado en el fondo de mi ser tan excelso sentimiento, el de la justicia, destello del Astro eterno y magnífico, anatematizo la villana injuria, me repugna la impostura grosera, execro la odiosa calumnia. Amo a Alemania porque se ha intentado, se intenta todavía, bastardamente difamarla; porque se ha pretendido, se pretende aún, torpemente envilecerla; porque se quería, se quiere, lanzar a la imagen altísima y eximia de la Germania del saber y del amor, de la inteligencia y del corazón, del cerebro que piensa y de la conciencia que cree, el lodo del iracundo ultraje, el fango de la mendacidad descocada y abominable. Al

lado del inicualemente perseguido, estoy yo; cerca de la víctima que sufre, se hallan mi voluntad, mis energías y mis cariños; pronto me encuentro a dar mis consuelos, consuelos que surgen de lo íntimo de mi pecho, al que el rencor escarnece y las malditas pasiones de la venganza y de la envidia someten a crueles torturas, a los tormentos del alma, mil veces más dolorosos, sin ser cruentos, que los suplicios del cuerpo... Me alejo del sacrificador para unirme al mártir que se trata de inmolar.

Cuando oigo decir o cuando leo: «Alemania es bárbara, Alemania es implacable, Alemania es despótica», mi ser todo se yergue con vigor sin igual, con la entereza que otorga la razón; y ese ser, que es bueno, protesta indignado de tanta y tan inconcebible ofensa. Cuando veo en hojas periódicas, en páginas de folletos, quizás en gruesos volúmenes, la mención de fantásticos incendios, de quiméricas horrendas matanzas, de imaginarios pillajes, imputado todo impudentemente a los soldados alemanes, mi ánimo se exalta frente a la ruin calumnia, y yo anhelaría que los que ansían aniquilar a la Germania épica con las armas de la falsa acusación, se acordaran de los asolamientos del Palatinado, realizados por las tropas del «Rey-Sol»; de los asesinatos de inocentes criaturas y de las violaciones de pudorosas doncellas, crímenes que perpetró la brutal soldadesca del «Grand Condé», en las llanuras de la Holanda pacífica, allá en 1676; de los horrores cometidos por «las columnas infernales», en 1793, en la Vendée y en la Bretaña; del cautiverio y misteriosa muerte del ínclito español, el general Alvarez de Castro, dada por los legionarios napoleónicos; de la destrucción del Palacio de Verano de los ilustres emperadores del más antiguo y vasto Estado del Asia, por los batallones franco-ingleses acaudillados, en 1860, por Cousin de Montauban y por lord Grand; y muchos de los que reputaban a Alemania cuna de la moderna filosofía, representada por Leibniz, por Hegel y por Krauss, y patria de la crítica histórica al país en que nacieron Niebuhr, Schlozer y Ranke, y emporio de las ciencias jurídicas a aquella nación de la que fueron hijos selectísimos Walter, Savigny y Mittermaier; muchos de los que proclamaban que la luz de la casi sobrehumana sabiduría irradiaba de Alemania, con naturalistas como Naumann, Schleiden, Woehler y Meinicke, con arqueólogos como Mommsen y Schliemann, con literatos y críticos como Schack y Menzel, esos mismos hoy llaman «hunos», «vándalos», «hombres llenos de cruel salvajismo», a los que algún día, no muy lejano por cierto, hicieron de aquéllos la apo-teosis, calificándoles de heraldos del progreso, de adalides de la civilización, de portentosos entendimientos..... ¡Oh, qué injusta inconsecuencia!

Pero, más que por su arte, más que por su filosofía, más que por su ciencia, más que por su historia, más que por sus costumbres, con ser tan puras éstas, tan gloriosa aquélla, tan eminente su saber, tan elevado su ideal, tan noble la abdicación del personal egoísmo y tan lleno de prodigios el cultivo que hizo de lo bello, más que por todo eso, con amarlo todo, yo, hombre de recta conciencia y de buena voluntad, amo a Alemania, con amor intenso, con cordial y tierno afecto, porque de premeditado modo se la vilipendia, porque se la escarnece y se la calumnia; y mi alma, alma de cristiano, puesta a llevar el suave bálsamo del consuelo y la espléndida luz de la esperanza al contristado y al afligido, se une en dulce consorcio con los que son mártires de la injusticia, víctimas de ciegas y violentas pasiones.

El falso y audaz grito de «¡La derrota de los alemanes!», oído por mí cuando, precisamente, más brillante era el triunfo de las huestes germánicas, aun más en mi pecho inflamó el fuego de amor sentido hacia aquella nación de inmensa capacidad ideal y de nobilísimos designios, que contempla la muerte con valor sereno, que es el de los héroes; pues vencedora o vencida, engrandecida o debilitada, nunca aniquilada, porque no puede serlo, siempre, siempre Alemania, la honesta, la culta, la egregia, tendrá en el mío un corazón que por ella late y en mi cerebro un pensamiento a ella consagrado: amor, para sus virtudes; admiración, para sus inmarcesibles glorias.

Madrid, marzo de 1915.

Alemania juzgada por españoles

DE EUGENIO DE ORS

Tsing-Tao. — Tsing-Tao... Tsing-Tao... Parece poquita cosa, Tsing-Tao, ¿verdad? Parece no tener nada que ver con Lovaina, no tener nada que ver con Nancy. Hay quien se ha felicitado que de manos de los alemanes haya pasado a las de los japoneses.

Ahora ved lo que, sólo en enseñanza superior, habían hecho los alemanes, en unos seis años, en esa lejana colonia china.

Una Escuela de Altos Estudios chino-alemana, abierta en 25 de octubre de 1909. Cuatro secciones: Ciencias jurídicas, Ciencias naturales, Agricultura y Ciencia forestal. Medicina. Además, enseñanzas de Matemáticas, Geografía, Mecánica, Lengua china, Lengua alemana. Profesores chinos y alemanes. Biblioteca de la Escuela, 15,000 libros europeos, 5,000 libros chinos. Laboratorios de Física, Química, Fisiología, Construcción de máquinas, Electrotecnia, Botánica, Zoología, Agricultura, Selvicultura, Mineralogía y Geología, Estudio de materiales, etc.

Tres grandes Bibliotecas: una de Agricultura, otra de Historia, otra general,

conteniendo con preferencia documentos chinos. Un Museo de productos chinos característicos, fundado en 1910.

El Observatorio imperial de Tsing-Tao. Estación hasta 1909, convertida en Observatorio este año. Seis secciones capitales: Meteorología, Astronomía, Magnetismo terrestre, Sismología. Prueba y examen de instrumentos. Estudio especial de marcas. Había también en el Observatorio una Biblioteca especial de Astronomía y Meteorología.

Un Jardín forestal, fundado en 1904, para el estudio práctico de esta rama importante, riqueza del país.

... Yo conozco alguno que había vivido en Tsing-Tao. Dice que las fiestas de sociedad eran allí muy frecuentes y lucidas. Dice que, en este tiempo, sobre todo, que el Carnaval se acerca, las damas danzaban allí todos los días.

Y eso también es civilidad, como el Jardín, como el Observatorio, como el Museo, como las Bibliotecas, como las cuatro Secciones de la Escuela de Altos Estudios... XENIUS. — *La Veu de Catalunya*, enero 1915.

Notas de redacción

Con algún retraso, hijo de las dificultades naturales de toda empresa nueva, aparece el primer número de GERMANIA, humilde reflejo de nuestros propósitos. Agobios de tiempo, no han permitido que GERMANIA abarcara desde el primer momento toda su esfera de acción, pero «no se venció Zamora en una hora» y en el esfuerzo generoso de todos confiamos, para mejorar las condiciones de la Revista, que en números sucesivos habrá de desarrollar todo su plan.

Cuando escribimos estas líneas, el éxito de la Revista está ya resuelto. Centenares de cartas de aliento y de apoyo material obran en nuestro poder. De los más olvidados rincones de España llegan hasta nosotros adhesiones entusiastas y ofrecimientos valiosos que nos sirven de acicate en la benemérita labor que nos hemos impuesto. Creíamos encontrar más espinas que flores en nuestro camino y temíamos dejar entre las zarzas girones de nuestra humanidad, pero no ha sido así. Hay en España una poderosa corriente de germanismo que desbroza nuestra senda y hace la ascensión por la vía del triunfo más llevadera y descansada. ¿Cómo corresponder a tanto entusiasmo? Redoblabamos nuestro celo, ya que no nuestra fe, porque ésta es insuperable, y la victoria nos acompañará. El verdadero Derecho, la verdadera Justicia están con nosotros. En tan buena compañía, ¿quién que no sea ciego nos cerrará las puertas?

* * *

De nuestros colaboradores hemos recibido delicadas muestras de atención. Incluso Eugenio de Ors que, enamorado de la unidad moral de Europa, ha puesto reparos a su colaboración, temiendo que pudiese ser interpretada en sentido partidista, nos ha dedicado cariñosas palabras de aliento y aun nos ha autorizado para reproducir un interesante glosario suyo que tiene valor de profecía. Sean dadas gracias a todos.